

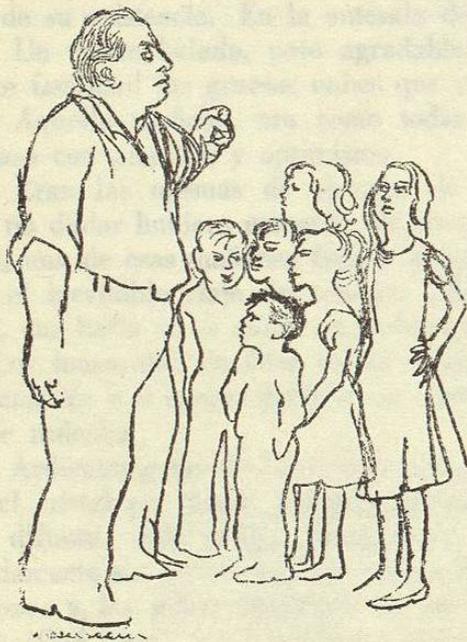
A la memoria  
de mi querido e  
inolvidable hijo  
JOSE CERRARDO  
(Descanse en paz).



Que estos modestísimos relatos  
sirvan de honor al joven  
y bello niño que su  
madre ha plañido  
a la vera de su sepulcro...

Este hecho el depósito  
conforme a la Ley por el  
autor.

## MI TIO PEDRO





## MI TIO PEDRO

## I

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. ¡Curiosa coincidencia de la vida! La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

Aquella mañana, era como todas las que otrora disfrutara con plenitud y optimismo.

Eran las mismas de siempre de su estación favorita y a no dudar hubiera escogido, de obrar su espontánea elección, una de esas mañanas frescas y nubladas, para emprender el inevitable viaje sin retorno. ¡Raro capricho del destino, que hasta en el morir no le fue adverso! Sin embargo, la Ley inexorable de Dios volvía a cumplirse con exactitud matemática y el cuerpo yacía en su ataúd, indiferente a cuanto le rodeaba.

Ardientes gotas de llanto empañaban la transparencia de aquel cristal por donde asomaba, apenas, el rostro apacible del difunto. Allí estaba descansando, como dormido profundamente sin poder despertar de su letargo, a pesar de los sollozos y los gritos histéricos de las mujeres. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué amargura verlo por última vez, para luego encerrarlo en la frívola celda del recuerdo!

Sin embargo todo pasa. La vida va dando empujones y las heridas se cierran. La memoria nos es ingrata y va alejándonos cada día más de aquella fresca mañana, haciendo languidecer juramentos y fidelidades. Recuerdos que se dispersan con el viento del camino. Añoranzas que se quedan prendidas en el corazón.

El tiempo lo aclara todo y más tarde lo desvanece, tal como si fuera gigantesca rueda de la fortuna que, en sus giros fantásticos, primero acerca y luego aleja las canastillas humanas, para perderlas finalmente en el embrujo infinito de la noche estrellada.

## II

Tendría unos doce años cuando conocí al tío Pedro, es decir, cuando me percaté de su presencia física, ya que durante mi niñez, estuve alejado temporalmente del hogar paterno al cuidado de unas tías solteras que vivían en la ciudad.

Mi tío Pedro era un hombrón de casi dos metros de altura, robusto y fuerte. Tenía la cara colorada como un tomate, en donde serpenteaban unas finísimas venas color celeste. Respiraba el hombre tal vitalidad, que a veces me parecía un auténtico gigante arrancado de las páginas doradas de los cuentos infantiles, aquellos que con candor incomparable me relataban mis tutoras solteronas.

El tío Pedro estaba unido en matrimonio con una hermana de mi madre, la tía Virgen, de quien en honor a la verdad, no supe a ciencia cierta si lo de "virgen" era por su nombre de pila o por su incapacidad para proporcionar soldados a la Patria. La pobre nunca tuvo hijos, pero mi madre suplió tal deficiencia concibiendo hijos por las dos. En efecto, mis once hermanos que junto conmigo —el más chico—, sumábamos doce, formábamos algo así como una verdadera tropa que hacía rabiar y desesperar a las cuatro cabezas de familia que regían bajo el mismo techo: mi ma-

má Julita, mi papá Julito, mi tío Pedro y la tía Virgen. Los que daban más guerra en las peleas cotidianas eran indudablemente los mayores, ya que integrábamos aquel tremendo equipo, cuatro varones y ocho alharaquientas hembras. Cuando había disputa, aquello era la tierra de nadie. El único que imponía respeto hasta el miedo era el tío Pedro. El solo trueno de su voz nos dejaba mudos de espanto.

Cabe hacer notar que mis prolíficos progenitores, eran, lo que se llamaba en el pueblo, unas almas de Dios. Lo único que hacían, quizá de reprocharse, era traer anualmente hijos y más hijos al mundo, tanto, que una vez le oí decir a la tía Virgen que si algo no se le hubiera descompuesto a mi mamá, rebasaríamos de la veintena. Mis queridos padres, en efecto, pecaban no por aquello de los hijos, sino porque eran muy bondadosos y demasiado indulgentes. Jamás, que recuerde, mi padre castigó a ninguno de mis hermanos. Mi madre, santa mujer, mucho menos. Destilaban una melosa dulzura digna de una estampa cristiana. Indudablemente eran unos santos.

De tal manera que en aquel sagrado hogar, como único rey en su trono, reinaba la canosa testa de mi tío Pedro, el intocable. Aquel que había sido pastor de cabras, era ahora el guía, el pastor de nuestro ganado familiar. Era él, propiamente, el amo de la familia, la cabeza principal, el árbitro de las supremas decisiones. Justo o injusto, tuerto o derecho, a él nos plegábamos toda la tribu en las horas de las tribulaciones. El mandaba.

## III

Mi hermano mayor, Enrique, lloraba desconsolado a la orilla de la tumba del tío. Sus lágrimas caían como clavos candentes pretendiendo traspasar la dureza de la impasible roca, para ir a bañar con la cálida flama de su llanto, aquel rostro tan querido y otrora temido.

Enrique sentía la muerte en su propia carne. A pesar de

que a veces odiaba al tío, también así lo quería y respetaba. Por otra parte, físicamente, Enrique era el vivo retrato del difunto. Este parecido extraordinario fue por cierto, motivo de horribles conjeturas de parte de los enemigos gratuitos que se gozan deshonrando con la palabra. Me duele todavía recordar que el nombre sagrado de mi madre, fuera enfanado por aquellos pueblerinos paisanos míos, cuyas mentes inocentes necesitaban el estímulo de la calumnia para su divagación.

De pronto, una voz se dejó escuchar rompiendo el respetuoso silencio. Era uno de los íntimos amigos del tío Pedro el que hablaba. Sus palabras rebotaban en las tumbas con la sonoridad del metal. Por allá en los laberintos del subconsciente se anidaron desordenadamente algunos de sus conceptos, mismos que a través de los años, he oído repetir con pocas variantes, en los tristes momentos de las despedidas postreras.

“Fuiste para todos un hermano, la ternura de tu corazón no fijaba límites y tu recuerdo será estímulo para los que te quisimos”.

“Te acompañan con el corazón destrozado, tu viuda y tus sobrinos, los cuales te amaron y respetaron como a un padre”.

“Descansa en la eternidad, noble titán. Regresa a la tierra cumpliendo la profecía: polvo eres y en polvo te convertirás. Adiós amigo del alma”.

Y así siguió el vendaval de frases epitafiales, las cuales lograron conmover mis sentimientos, por más que en mi interior las considerase vanas.

Una llovizna ligera aceleró la ceremonia póstuma y con pasos presurosos nos encaminamos a las puertas de aquella ciudad de los muertos, a la cual, ineluctablemente, regresaríamos algún día para no retornar. Los pinos achacosos se balanceaban al golpe del viento silbando su fúnebre melodía, mientras los sauces lloraban lágrimas del cielo que eran recogidas ávidamente por la tierra sedienta.

Allá, en la más terrible de las soledades, quedaba aquel que siempre había estado rodeado de amigos y familiares.

Triste condición y fin del ser humano, nacer para morir y siempre tener que morir para dejar vivir.

Cadenas seculares de vida y muerte. Misterios que la mente humana inútilmente trata de violar.

## IV

Apenas aparecía el disco anaranjado anunciando el nuevo día y ya los latidos de vida alegraban aquella casona de los aldeaños del pueblo. En mis sueños de niño se me antojaba un castillo feudal, quizá por haber estado reciamente construido de sólido sillar con remates de ladrillo rojo, sobre un pequeño promontorio. El casco del pueblo estaba a nuestros pies. Aquel sitio era un observatorio privilegiado.

La puerta central de entrada era de roble macizo con pequeños adornos cuadrados de hierro. Una mano gigante empuñando una bola --también de hierro--, que a mí me parecía el mundo, era el llamador que nunca usábamos. Siempre estaba abierta.

Un amplio recibidor que servía de sala, sorprendía a las visitas con sus cuadros extravagantes que vigilaban dos cabezas de venado disecadas.

Ocho recámaras se repartían a los lados del corredor colosal, cuyas paredes revestidas con un mosaico-azulejo, daban la permanente sensación de alegría y felicidad. Comedor y cocina se juntaban con un portalito cuya puerta era la que más utilizábamos por su fácil acceso a los servicios, patio y corrales. Gruesas vigas de madera espiaban desde lo alto los movimientos de sus moradores.

Afuera, un jardín amorosamente atendido en donde predominaban las rosas-reinas, claveles, lirios, nardos y tímidas maravillas, era embalsamado por el aroma penetrante y seductor de los jazmines.

Atrás, la huerta con aguacates, perales, ciruelos, higueras y nogales. Más abajo, hacia el río, perfume de azahares, naranjos y limoneros en floración.

En el corredor, colgadas en los ramales de la bugambilia morada, jaulas multicolores que albergaban canarios, ruiseñores y clarines, cuyos delicados cantos contrastaban con la algarabía de mis hermanos, que solían bromear en las abluciones matinales arrojando el agua fría que revivía a los desvelados.

Los únicos dos servicios de baño y excusado eran demandados con urgencia por los más desesperados. El tío, al ocuparse de estos menesteres, acostumbraba fumarse un cigarro de hoja con toda paciencia, mientras evacuaba, porque así, según decía, provocaba la fácil desocupación del intestino. El motín entre hermanos y hermanas era entonces inminente. Algunos no esperaban e iban con pasitos apretados hacia los corrales, siempre con el ojo avizor de que no los sorprendiera la tía Virgen y defendiéndose con un palo de las embestidas de los cerdos, que buscaban en el excremento las delicias de un postre.

Una mesa enorme ocupaba el centro del comedor alrededor de la cual nos sentábamos en orden riguroso todos los componentes de aquella gran familia, a los primeros albores de la aurora. Grandes cacerolas de frijoles humeaban en el fogón, cuyo fuego era avivado por mis hermanas que estuvieran de turno en la cocina, auxiliadas por dos criadas que trituraban el maíz remojado para hacer la masa de las riquísimas tortillas. Ollas de café hervían despidiendo su aroma peculiar. Las sartenes gemían al contacto de la manteca de cerdo y los huevos frescos saltaban frenéticos al mezclarse con los chiles, cebollas y tomates.

A una orden del tío Pedro, quien ocupaba invariablemente la cabecera, empezaba la batalla por la subsistencia. Había necesidad de convertirse en un verdadero perito en estrategia militar, para poder llenar el estómago siempre hambriento.

Canastos de pan eran devorados en menos que canta un gallo, por aquellas bocas sin fondo. En breves minutos los alimentos eran arrasados materialmente, quedando el campo desnudo de especies comestibles. El almuerzo estaba concluido y cada quien volaba a sus labores: escuela, taller de cos-

tura y la mayoría al campo. Las avejillas se dispersaban en busca de nuevos horizontes, quedándose en el hogar algunas de mis hermanas, mi madre y la tía Virgen. Ellas también listas a librar la lucha diaria en los quehaceres domésticos y en las disputas que el carácter violento de la tía provocaba.

## V

Entramos mi tía Virgen y yo al cuarto que servía de oficina al tío Pedro. El sol quebraba sus rayos en el enorme ventanal acariciando con su mano de luz aquellos objetos tan queridos, el escritorio de cortina, la silla con asiento de cuero de borrego, el antiquísimo tintero, libros de autores disímbolos, armas de diferentes calibres y marcas.

Aquellas cosas me parecieron marchitas, esperando quizás también el consuelo de su muerte. Es curioso, pero los objetos parecen cobrar vida cuando se les trata y se les usa. Son seres animados con propia personalidad y están vibrando en comunicación constante con su amo que los maneja y cuida. Al desaparecer éste, ellos también mueren a su modo, ahogándose en la inmensa laguna de su nostalgia.

Mi inconsolable tía cuyo temple de acero había sido sometido a la dura prueba, hurgaba entre los cajones perfumados a cedro de aquel viejo escritorio, en el cual solía trabajar el ser ausente.

Al tropezar sus manos con alguna prenda consentida, sollozaba presa de sentida añoranza. Los recuerdos acudían a su mente al fijar su vista en el reloj chapeado en oro que le había obsequiado en uno de sus aniversarios de bodas. Ella, que no había podido engendrar hijos a pesar de tenernos a nosotros, se aferraba inconscientemente en un quizá justificado afán de posesión de reliquias antiguas y joyas, además de su colección de pajarillos, gatos y perros. Esos eran para ella los verdaderos hijos, absurda sustitución de los auténticos que nunca pudo traer al mundo.

La pobrecilla de la tía, según contaba mi madre, había sufrido terriblemente en su juventud por la falta de descen-

dientes. Mutuamente se culpaban ella y el tío Pedro, ocasionando tan frecuentes disgustos, la ausencia de éste en el hogar, por varios días. La única vez que se decidieron a consultar al boticario, a falta de médico, el diagnóstico confuso y me imagino ampuloso, del estúpido de don Nabor, no los sacó de dudas. Para no errarle, declaró estériles a los dos. Sólo la ignorancia supina de mis tíos, los llevó con un hombre que presumía de sabio y que era en realidad, como decían en mi pueblo, una perfecta vaca.

La dureza de su natural carácter se recrudesció y a nosotros nos trataban como a soldados. De vez en vez, asomaba en aquellos rostros amargados, la dulzura de una sonrisa.

## VI

De todos mis hermanos destacaba el mayor de los hombres, Enrique. Era alto, bien parecido, marrullero y camorrista, pero con una inteligencia tan despierta que pronto se convirtió en el favorito de mi tío Pedro a quien invariablemente acompañaba en sus continuas correrías por los campos y rancherías. Su sonrisa era cautivadora. Siempre de buen humor, listo a la ironía con su palabra fácil y sardónica. Quizá por eso el tío también sentía atracción por mi simpático hermano.

Enrique conocía a la perfección todos los caprichos y estados de ánimo del tío. Sabía cuándo estaba de buen o mal humor y también tenía la gracia de hacerle cambiar de carácter en algunas ocasiones, por cierto muy contadas.

Con penetrante sentido de observación decía que me fijara en los ojos del tío cuando pretendiera pedirle algún servicio. En los ojos —expresaba— está el secreto. El tío tiene uno bueno y el otro malo. El izquierdo es viscoso, turbio, no ve de frente, es su lado torcido y malvado. Sin embargo, el derecho es limpio, mira de frente, sin tortuosidad, es su ojo bondadoso. En las alteraciones de sus órganos visuales se encuentra el sí o el no.

Pienso que algunas veces le fallaba a Enrique su teoría, porque con mucha frecuencia lo veíamos atravesar el corral como un venado, seguido de cerca por el tío que blandía su favorita y flexible vara de membrillo, que caía como látigo sobre las partes más blandas de mi hermano, haciéndole gruesos verdugones que lo imposibilitaban a montar en su caballo preferido, por un par de días.

Cuando sucedían estos repetidos incidentes, ya fuera con Enrique o con otro de mis hermanos, mis padres aguantaban sin chistar las arbitrariedades del tío, elevándose a los aires en sonos de protesta, las sonoras trompetillas de mis muy femeninas hermanas. Nadie se atrevía a más.

## VII

La casa alegre y cascabelera estaba de luto. Las sombras se apretujaban por los rincones huyendo de la luz. La noche caía con su negra capa cobijando bestias, árboles y montes.

El amplio corredor de arquería española, recibía en silencio a los vecinos y familiares que asistían a los rosarios.

La tía Virgen con sus ojos enrojecidos alzaba su rostro apergaminado en demanda de atención.

En seguida, con su voz cascada recitaba maquinalmente el Padrenuestro hasta la primera mitad. Los demás, atropellada y presurosamente, completábamos el resto de la oración en murmullos semejantes a las piedras arrastradas por el riachuelo en sus épocas de creciente.

Ensortijadas en las invocaciones del Padrenuestro, venían las Salves, que hablan de las rogativas de nosotros los pecadores a la Madre de Dios por nuestra salvación, “ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén”.

No sé por qué al oír la palabra muerte, miraba de soslayo a mis padres, pensando quizá que por su edad avanzada, serían los que acudirían pronto al llamado de Dios, dejando fuera de toda eventualidad a mis jóvenes y saluda-

bles hermanos, algunos de ellos tan ajenos y sin embargo tan cercanos a la verdad del misterio supremo.

Cuando hacía estas reflexiones recordaba mi despertar a la vida. Los primeros contactos con mis semejantes. Mi madre, mis hermanos. De mi subconsciente brotaron los lejanos y felices días de mi infancia, que me llevaron a entablar una plática con el recuerdo.

“Tendré cuatro o cinco años. Me encuentro jugando en el corralón de mi casa. Oigo un alegre tintineo y el trotar de un caballo. Dejo con premura el pozo que estoy haciendo en la tierra y corro desbocado a buscar a mi madre. La encuentro envuelta en un delantal preparando unas ricas galletas para la cena. Le hago ver que el vendedor de helados está frente a la casa y le pido me compre un cono de nieve. Allá vamos rumbo a la puerta donde se encuentra esperando arriba de su cochecito el viejo nevero; me da el cono y arrea su escuálida bestia haciendo sonar la campanita. Mi madre regresa a sus quehaceres y yo me quedo extático, mirando embelesado al viejo que se aleja. Saboreo mi nieve y espero a que el vendedor se pierda en la lejanía. Apenas se escucha ya el vibrar metálico de la campanita. Se va, se aleja, y queda en mis oídos el murmullo, el choque de las herraduras en el empedrado y el sonar lejano de un ritmo, de un lenguaje encantador”...

## VIII

Al despuntar el alba y después del almuerzo, Enrique personalmente ensillaba los caballos para emprender las tareas cotidianas en compañía del tío Pedro.

La tía Virgen, si estaba de buenas, salía al portal para decirle adiós a su esposo. Mi madre invariablemente despedía a Enrique haciéndole la señal de la cruz a guisa de bendición. Sus ojos siempre tristes, se quedaban clavados en las figuras de los jinetes, hasta que el lomerío, con sus crestas caprichosas, los devoraba.

En la lejanía una tenue polvareda envolvía a tío y sobrino que trotaban acompasados en sus nobles brutos. El tío, que presumía de haber nacido montado a caballo, era efectivamente un excelente jinete. A sus dotes naturales de inteligencia debía su prosperidad. Era muy ladino para los negocios obteniendo siempre el mejor provecho en la compra y venta de ganado, que era su principal actividad. Así, todos los días recorría poblados y rancherías regateando el precio de las reses y de pasada cobrando los réditos del dinero que prestaba.

En los alrededores todo mundo lo conocía y se ponía en guardia cuando comenzaba a tratar, pues hábilmente “El Viejo”, como solían decirle, quizá por su redonda cabeza plateada, sacaba partido de sus razonamientos. No faltaban perros cuando compraba alguna res. “Que estaba muy flaca”, “que la vaca recién parida estaba seca” y así, a su modo ranchero, aducía miles de pretextos para comprar barato.

Lo difícil para el tío venía cuando se presentaba la temporada de venta del ganado, pues haciendo “de tripas corazón”, se acercaba a su compadre Genovevo para que éste lo sacara de apuros con los compradores norteamericanos. El tal compadre “Bevo”, como le decía mi tío, era un competidor suyo en la compra y venta de animales, pero el socarrón tenía la ventaja de hablar y entender un poco de inglés, idioma que era un verdadero crucigrama para el pobre de mi tío, que en vano y por más que “parara las orejas” con los tratantes del país vecino, se quedaba en “ayunas”, es decir, sin entender absolutamente nada, pero siempre con la desconfianza latente de que Bevo lo hubiera engañado.

Una noche recién regresaban de sus labores, inopinadamente el tío notificó a mis padres que había decidido mandar a estudiar a Enrique a los Estados Unidos.

Esa noche no se me puede olvidar, pues por vez primera oí hablar a mi padre oponiéndose a la determinación de su enérgico concuño. Mi madre no pudo contener el llanto y abrazándose de Enrique volcó su sentimiento negativo.

Pero la suerte estaba echada y no había apelación posi-

ble. Enrique marcharía al vecino país del norte. Quien mandaba, así lo había dispuesto.

Al acostarnos los hermanos a lo largo del corredor, algunos en catres de lona y otros en el suelo, oíamos imperceptiblemente los gemidos de mi madre y la voz dulce y consoladora de mi padre que balbuceaba casi en secreto.

De pronto, como las tempestades que llegan sin anunciarse, se alzó la protesta. Haciendo voz de falsete, algunos de mis hermanos —¿o sería alguna de mis hermanas?—, lanzó a los aires el insulto máximo que ponía fuera de sí al tío Pedro: “viejo jorro”, (estéril) y las carcajadas repercutieron por toda la casa lastimando las paredes. De un salto y en ropas menores el tío Pedro blandió su ancho cinturón azotando a diestra y siniestra. Aquello era un maremágnum, pues en la oscuridad se movían diferentes siluetas y todas ellas, como si fueran un eco, gritaban entre risotadas y ayes lastimeros; “viejo jorro”, “viejo jorro”. Algunos pegaban la estampida para el patio o los corrales; otros buscábamos guarecernos debajo de las camas, pero la furia y la dignidad del hombre ofendido en su amor propio, por haberle negado la naturaleza aptitud para poder engendrar hijos, seguía su destructora obra. La voz ronca de la tía Virgen: “Pedro, Pedro, no hagas caso, el diablo se te ha metido en el cuerpo, ¡apacíguate, serénate!”, logró el milagro de calmar a aquella bestia enloquecida.

## IX

La campiña nortea con sus áridos montes y colosales montañas, recibía jubilosa el baño luminoso de un sol que hacía descender sus rayos dorados en una mañana límpida y pura, con un cielo azul, libre de nubes impertinentes.

En caravana familiar atravesamos el pueblo de casas iguales, simétricamente alineadas, de construcción de adobe, barro y sillares amarillos, para ir rumbo a la estación del ferrocarril a esperar la llegada del tren que venía de Mé-

xico con destino a Laredo.

Dejamos atrás la plaza rumbosa, de frondosos álamos, fresnos y eucaliptos, con sus bancas de madera y su kiosco descolorido, albergue de enamorados, para persignarnos apresuradamente en las puertas de la vetusta iglesia de estilo churrigüeresco —bella herencia de nuestros antepasados españoles—, yendo a desembocar finalmente, siempre por la calle principal, en los andenes mismos del ferrocarril, cuyas paralelas aceradas esperaban pacientes la llegada del tren.

Enrique, el héroe de todos nosotros, y que a la sazón frisaba apenas los veinte años, se cubría su ensortijada cabellera atrigueñada con una cachucha de cuadros anaranjados y negros. Sus brillantes ojos verdes acusaban extraña inquietud. Iba cargado como un gitano con maletas y bultos que mi previsora madre había preparado con esmero. Llevaba además de su ropa y efectos personales, una canasta rebosante de naranjas, plátanos y manzanas, así como una buena provisión de tortillas de harina que en forma de “tacos”, guardaban celosamente en su vientre: huevos, chorizo o frijoles ya preparados, además de una porción de “lonches de cabrito”, suficientes para alimentar a una docena de personas. Mi madre, así, quería satisfacer los antojos de los platillos favoritos de Enrique, sin concebir su ingenuidad e ignorancia en requisitos aduanales, que tales alimentos y frutas llegarían tan sólo hasta los límites de la frontera.

El agudo silbato de la locomotora anunciando su llegada, apresuró aquella inolvidable despedida. Mis hermanas mayores engalanadas con sus vestidos domingueros, coquetaban con los amigos de la familia y curiosos del pueblo. El tío Pedro, vestido de negro, dirigía fulminantes miradas de reproche a las más atrevidas, en tanto que mi padre y mi madre aprisionaban a Enrique entre sus brazos, hilvanándole consejos con bendiciones.

Al transcurrir de unos cuantos minutos, reglamentarios en un poblado de poca importancia, anunció el tren su partida con silbatos cortos que taladraban las orejas. Lo que no se dijo durante la espera, en vano se pretendió hacerlo

en unos cuantos segundos. Comenzó el diluvio de abrazos, gritos, besos y recomendaciones. Mi hermano prometió escribirme estirándome la oreja, según cariñosa costumbre. Me pareció que a pesar de su atolondramiento, iba feliz.

La negra chimenea de la locomotora resoplaba enormes bocanadas de humo al cielo, y se me figuraba que hacía mover las caderas de sus carros, como mujer provocativa.

La serpiente de acero se fue alejando por los vericuetos de la serranía, dejándonos un vacío en el corazón. Extáticos contemplamos su total huida.

## X

Aquel año no regresaría a la ciudad con mis tías y por lo mismo suspendería mis estudios. El tío Pedro, celoso de la economía doméstica y haciendo cálculos de lo que costaría la estancia de Enrique en el extranjero, quiso me quedara en el pueblo para sustituir en la parte que a mí pudiera corresponderme, el lugar del ausente. Entre los tres hermanos varones restantes nos repartiríamos el trabajo.

Mi primera ocupación por las mañanas era darle de beber agua a los marranos. Las manos no acostumbradas a trabajos violentos se ampollaban al estirar la cuerda de la noria. Eran diez cubetazos diarios. Diez viajes del balde al recipiente y diez vueltas a los "chiqueros" de aquellos cerdos glotones. Después de tan tremenda tarea viraba mis pies rápidamente hacia la mesa del almuerzo.

El tío Pedro algunas veces me ordenaba que saliera con él por las mañanas, yendo medroso a su lado a las más cercanas haciendas. Imposible de olvidar aquella ocasión en la cual me obligó a punta de chicotazos a subirme a un caballo bronco. Más tardé en posar mis sentaderas en aquella bestia salvaje, que en sentirme elevado por los aires para caer violentamente de bruces en la tierra impregnada de estiércol y pastura.

Las carcajadas de los vaqueros eran para mí como un himno a la burla. Y otra vez la demanda imperiosa de mi tío instándome a trepar nuevamente al bruto para que "me hiciera hombre". Y de nuevo, vuelta de narices por tierra causándome escoriaciones en la cara y en los brazos. Fueron inútiles mis lágrimas de niño para conmover a aquel sádico. Otra vez al caballo y por gracia de Dios, la última. Caí rebotando como un muñeco en las puertas del corral, perdiendo el conocimiento.

Cuando desperté, una mujer de la hacienda que visitábamos, con ternura maternal atendía mi cabeza ensangrentada. Volví a cerrar los ojos al respirar el aroma de un bálsamo reconfortante parecido al alcanfor. Mis oídos registraron "cuchicheos" extraños dentro del jacal y mis ojos contemplaron una escena insólita. El tío Pedro acariciaba confiadamente las amplias posaderas de la mujer, propinándole besos sonoros en la boca. Al percatarse de que lo estaba mirando, la apartó bruscamente y me dijo: "¿te sientes mejor? A ti te falta mucho para que seas machito. Levántate y vámonos". Le obedecí maquinalmente y me encaminé hacia los caballos. Todavía escuché que detrás de la puerta seguían los besos "tronados" de despedida y luego surgió la figura del tío calándose el sombrero tejano de palma. La mano que me curó, abanicó el aire diciéndonos adiós.

En el camino de regreso el tío venía taciturno. No despegó los labios hasta que estuvimos a un paso de los umbrales de la finca. Sólo musitó estas palabras: "sea hombrecito y mucho cuidado de ir a la tía con cosas".

Intuí que a pesar de todo, aquel gigante despiadado temía a la tía Virgen.

## XI

Una tarde que acompañé a mi padre al "tendajo" propiedad del tío Pedro, recibí primero que nadie una grata sorpresa: carta de Enrique.